

contra la Madre redentora;
y Grana, ansiosa, ansiosa, emprende,
por la quietud devastadora,
una carrera que la enciende.

Siente una furia irresistible;
el aire es cálido y sensible;
Madre Ceniza queda lejos,
lejos el monte, el yermo gris...
Hay yerba, hay flores, hay reflejos
en la piedad de este país.

— Pero, sarcástico anatema,
insuperado, indefinido,
aquella voz de la blasfema
aun resonando está en su oído :
«Será como él; como él será;
venda y muleta heredará...»

LIBRO TERCERO

SE PROSIGUE LA HISTORIA

I

Una mendiga cruza la impiedad de un camino;
el sol calcina el polvo menudo y blanquecino;
la mendiga descende, con su paso cansino,
hacia el río, que lleva sus aguas á un molino.

¡Aguá... El río allí forma un remanso glorioso.
Están todas las cosas quietas, en el reposo
y en la paz de la hora : el río es luminoso;
sobre el río, el relente, húmedo y especioso.

La mendiga, privada de todos los abrigos,
viene de lejos... (¡Lejos!... ¡patria de los mendigos!)
En sus pies, negros pies de los duros castigos,
unas gotas de sangre y un perfume de trigos.

Esperando, tal vez, que la muerte la elija
hoy, entre tantos tristes como el cielo cobija,
la mendiga, en el agua tiene la vista fija
y se pone á llorar sin que nada la aflija.

Y se pone á llorar..., y parece que nada
tendrá fuerza, en el río, el aire la enramada,
para cerrarle aquella su vena desolada,
ó truncar la fijeza de su muerta mirada...

Y ve pasar el agua por las piedras del río,
limpiándolas, bruñéndolas, lavándolas...

El frío

mutismo de su rostro se quiebra; en el baldío
desplome de sus miembros, se inicia un gesto pío.

Sus dos brazos inánimes cruza devotamente
sobre su seno encinto... Siguen, por el ambiente,
sus miradas, la marcha luminosa y riente
de una idea; se nimba de esperanza su frente.

Y con una voz honda, que mueve de lugares
remotísimos, llenos de horrores seculares,
así cuenta la causa de todos sus pesares
á las aguas que van camino de los mares :

«Dulces aguas corrientes,
aguas renovadoras,
bautismales, henchidas
del Espíritu Santo;
aguas lubricantes,
aguas resplandecientes,
aguas castas, indemnes
de corrupción, divinas
aguas de Dios, hermanas

de la luz, no paséis
por mi lado sin darme
la bienvenida... Soy
aquella libertada
del horror, de la muerte,
del vicio y de la carne,
por el hijo que lleva
dentro de sí; yo quiero
darlo en vosotras, aguas,
en vosotras — Ofelia
mayor —, que os fía miembros,
no flores; que os entrega
más que su cuerpo, su alma...

¡Oh, me llegan baladas
en vuestros murmurios
bajo los sauces, aguas!
Tengo sed de vosotras;
sed de vuestra limpieza,
sed de vuestras frescuras,
sed de vuestra abundancia,
sed de vuestra corriente
musical... ¡Tengo sed,
por la boca de todas
mis heridas!... ¡Bañadme,
tornadme blanca, blanca
como las guijas, quietas
en el fondo del río!
¡Tornadme blanca y limpia

y bruñida y lavada
y embebida de luz
y transparente y cándida!
¡Aguas!...

Todos los poros
de mi piel tienen gérmenes
de corrupción... Mi cuerpo
es un abismo, donde
mis huesos arrojaron,
no á moverlo, á pudrirse...
¡Piadosas aguas! Quiero
que, pasando vosotras
sobre mí, me arranquéis
todas las costras, todas
las inmundicias, todos
los gérmenes enfermos,
toda la muerte horrible
de mi vida; y yo quede
— sólo trama de venas,
sólo tejidos cándidos —
como un cendal suavísimo
bajo vosotras, apta
para abrigar, si Dios
me lo mantiene intacto,
milagroso, radiante,
el cuerpo de mi hijo...»

(Y hay, en la fronda, en una palpitación divina,
señales que el perenne prodigio se avecina :
en un alborear bíblico, peregrina

la Humanidad, por una solitaria colina...
Leprosos, paralíticos, viejos torsos en ruina,
y epilépticos, que Satanás alucina...
Uno, que por la alfombra de los lirios camina,
les hace entrar á todos en la blanca piscina :
relampaguea rota la linfa cristalina
— y el lino de la túnica de Jesús se ilumina...)

«Porque — sigue diciendo
la mendiga — vosotras
que guardáis mundos, aguas,
sabréis conservar vidas.
Y yo tengo el horror
del estiércol; el hijo
que llevo en mí, que aun
mi instinto lo adivina
inmaculado, indemne,
cándido, limpio, casto,
quiero dejarlo en estas
cunas de plata, que hacen
vuestras ondulaciones,
como en las blancas noches
deja, en ellas, la luna
la nieve de sus velos.

Escuchad, aguas tiernas,
maternales, fervientes :
mi hijo nació del vicio,

de la pereza, de
 la ausencia de fervor;
 pero nació también
 de mí; de mí, que he sido
 nuevamente, al ser él.
 Aconsejadle; sed
 desde hoy, aguas-madrinas,
 aguas-tutoras, aguas-
 consejeras. Habladle
 de las cosas que hacéis
 á lo largo del río;
 de las vidas que brotan
 de vosotras; del férvido
 martillo con que abris
 vuestro cauce; decidle
 del cercano molino;
 del pasar, obstinadas,
 entre las grandes ruedas;
 de las trituraciones
 que escucháis, en un íntimo
 laborar de existencias;
 de la harina, del blanco
 misterio de la harina,
 polvo del que vosotras
 hacéis carne; decidle
 de la masa..., del fuego
 y del pan... ¡De las Hostias!...

— La mendiga desnuda melancólicamente
 su cuerpo miserable; acerca á la corriente

su mano hueca y toma del agua transparente.
 Luego, en un ansia de renovación ferviente,

abre la mano sobre lo curva de su seno;
 el agua corre, don bautismal; ella dice:
 «Agua de la luz, agua de Dios, házme lo bueno»;
 espera á que la gota última se deslice,

y, fervorosamente, como en un Sacramento,
 entra en el agua, alegre desde que ella la toca,
 agradecida cuando se le entra por la boca,
 transfigurada y ebria en el postrer momento...

EPÍLOGO

La molinera de las miradas serenas,
un día, interrumpiendo su afanosa labor,
se dice, en la quietud del molino :

«¡Señor!
¿Qué tendrá hoy esta harina que trasciende á azucenas?»

Y, aquel día, el barquero de la barca del río
encontró entre unas cañas, recién nacido apenas,
el cuerpo de un infante, que temblaba de frío,
blanca la carne como las blancas azucenas.

Sosteniendo á flor de agua el tiernísimo peso,
emergía un montón de limos y de arenas;
conservó el hueco tibio del cuerpecito ileso,
y, con la primavera, se llenó de azucenas.

ENVÍO

¡Azucenas! Entre ondas castas y cristalinas,
sobre todo tu cuerpo redimido ¡azucenas!
Grana, de las espaldas para el amor morenas,
¡duerme en paz en tu lecho de las flores divinas!

VENDIMIÓN HISPÁNICO

SEGUNDA PARTE: EL REY